



Ciro Alegría

CIRO ALEGRÍA
(1909 - 1967)

Por ESTUARDO NUÑEZ

(Discurso pronunciado por el Académico de Número Don Estuardo Núñez Hague en la inhumación de los restos del Académico Don Ciro Alegría).

La Academia Peruana de la Lengua deja oír su treno por la inesperada desaparición de uno de sus más brillantes y distinguidos miembros que, en razón de probados méritos de escritor insigne, tuvo el honor de elegir y acoger en su seno. Estaba próxima la fecha de su incorporación formal y había anunciado Ciro Alegría la intención que alentaba de escribir para esa fausta oportunidad una disertación sobre el léxico localista (huamachuquismos y santiaguochuquismos) en la poesía de César Vallejo. Pero ahora Ciro Alegría ya no nos pertenece y el destino ha truncado ese proyecto intelectual al parecer elaborado en parte, junto con tantos otros planes, entre ellos el de escribir nuevos relatos o novelas en que quizás pudo lucir con más brillantez y prestancia, su admirable talento de creador literario.

Esa aproximación a Vallejo, como también su último artículo, publicado en *Expreso*, después de su fallecimiento, en el cual recogía sus reflexiones sobre el papel de la piedra en la cultura peruana, están indicando las inquie-

tudes intelectuales que ocupaban su mente al acercarse el tránsito final: el ser y la esencia de la cultura americana y la obra de sus exponentes humanos más representativos. Alegría estaba en la etapa en que la personalidad se repliega sobre sí misma, después de haber ofrecido la obra creadora de impulso expansivo. Quien se había perfilado como un perdurable creador de ficciones —en que volcó una apostólica voz de protesta sobre la expoliación humana— se entregaba al examen reflexivo sobre la realidad existencial de su país. En ese momento la muerte ha truncado proyectos y promesas. Sólo la obra del espíritu de sus mejores años, condensada en tres novelas definitivas y unos pocos relatos, se mantiene enhiesta y firme, desafiante a la injusticia, perdurable en sus verdades, estructurada en su calidad artística.

La personalidad de *Ciro Alegría* no constituyó una figura aislada en nuestro proceso cultural. Perteneció a una generación activa, la cual dio perfil y recio contenido a un movimiento de insurgencia en las letras peruanas a partir de la segunda década del presente siglo. Participó Alegría desde sus años mozos de la inquietud de espíritu engendrada por una “voluntad de integración nacional” que opera en el proceso de nuestras letras. Si en el siglo XIX los escritores peruanos, con pocas excepciones, surgieron de Lima, la capital, en cambio, desde los primeros años del XX, provienen de las provincias y excepcionalmente de Lima. Alegría nace y crece en La Libertad, se forma en Trujillo en el seno de un memorable grupo intelectual, y su literatura recoge vivencias regionales que le comunican el hálito muy peruano, muy americano y por lo mismo muy universal, que trasciende de su obra. De tal suerte, le cupo la tarea de desenvolver, hasta sus últimas consecuencias, las posibilidades del regionalismo o neo-realismo en la prosa de creación, que habían ya iniciado Valdelomar y López Albújar. Esa tendencia fue donosamente cultivada por Alegría sobre todo

en la novela, en cuya forja denota maestría y dominio singulares. Con él empieza a tener vigencia el género novelístico, antes poco transitado y carente de perfección estructural y formal. Pero, superando el regionalismo, derivó Alegría hacia un menester objetivista en que plasma definitivamente sus dotes extraordinarias de narrador.

Con su primera obra, *La serpiente de oro* (Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1936), Alegría planteó en forma definitiva la existencia de la novela regional en el Perú, realizada con técnica nueva dentro del ambiente contemporáneo. Presentaba la naturaleza bravía en la llamada “ceja de montaña” —en la falda oriental de los Andes— y dentro de ella el conflicto humano latente entre habitantes mestizos de esa zona. Construyó ese cuadro de vida —en que todavía vacilaba una sólida estructura novelística— con fuerza y vigor singulares, subrayando la oposición entre hombre y naturaleza. Aquel conflicto dramático, expuesto con sinceridad y emoción, contribuye a perfilar con caracteres indelebles las vidas esforzadas de sus personajes cuya razón de existencia se une indisolublemente al curso del gran río Marañón, en verdad el protagonista central de la obra.

En su segunda novela, *Los perros hambrientos* (Santiago, Ed. Zig Zag, 1939) Alegría presenta, con un mensaje de protesta social, de rebelión y de reforma, otro escenario regional, la alta meseta andina, inhóspita, árida y miserable. El núcleo humano caracterizado es la “comunidad indígena” que, contra todos los factores adversos, afirma su voluntad de vivir, luchando contra el frío y la sequía. Es la novela de la miseria humana, producida por la obra de la naturaleza y también por la del hombre. Conjuga en ella una ecuación hombre-perro finamente explotada por el artista, en todas sus posibilidades. El título resulta de tal suerte, válido, en un sarcasmo terrible, para los animales y también para los hombres.

Su tercera obra narrativa, consagrada en un Concurso continental de novelas, *El mundo es ancho y ajeno* (Santiago, Ed. Ercilla, 1941) plantea "el problema indígena", en la dramática pugna entre el gamonal generalmente el propietario del latifundio serrano y el trabajador indio. Pugna dura, cruel, de bárbaro conflicto entre un desposeído y un prepotente propietario, explotador sin medida ni piedad.

La resonancia de esta "novela-río", densa y vigorosa, plena de humanidad, que sale de la vida misma y que discurre al igual que la vida, ha sido enorme. Ciro Alegría alcanzó el cimero prestigio continental de un José Eustasio Rivera, un Rómulo Gallegos o un Azuela. Su traducción a más de 15 idiomas de los ámbitos lingüísticos románico germánico y eslavo, le aseguraron un reconocimiento universal que pocos escritores americanos han conseguido hasta hoy.

Hay gran verdad humana en las situaciones intensas presentadas por Alegría, quien al mismo tiempo es gran creador de personajes. Sus años de infancia y adolescencia vividos en el campo, constituyen fuentes de vivencias imborrables que ha volcado en sus personajes actuantes, mayormente campesinos, de los cuales el lector tiene la impresión de haber conocido antes en la vida que a través de una ficción. Depurada su técnica novelística y superada la vacilante estructura de su primera novela, Alegría tomó conciencia plena de su oficio de novelista y en las dos últimas afirmó su talento animador del paisaje y del hombre, su fuerza afectiva y sus dotes de dominador de su lenguaje. Aunque Alegría no llegó a ser tentado por innovaciones expresivas de las que son comunes en otros autores coetáneos o posteriores, con todo dista mucho su rica y fluída expresión de aquellos intentos de relato llano y sin elaboración instrumental, que caracterizaron a muchos de sus antecesores en el género. Hubo de lograr, como dice Hans Bunte, "la unión de las tendencias populares y regionales

de la literatura con las formas estilísticas cosmopolitas refinadas por el arte moderno”.

El talento literario de Alegría se volcó también, aunque esporádicamente en poesías, en el ensayo —sobre todo en aquellas disertaciones en que explica el arte de su narrativa— y más frecuentemente en el ágil comentario periodístico. Pero su vena de escritor nato, que no conocía limitaciones, lució ante todo en la narración larga y en el relato corto. Como cuentista supera aquella etapa de las letras peruanas que transcurre entre los años 20 y 30, en que imperaba el mero paisajismo, el folklorismo agobiante, las infecundas fórmulas de mera exposición y el escarceo frondoso de escritores improvisados y espontáneos. Aquella obra de cuentista ha sido recogida en el libro de recopilación titulado *Duelo de Caballeros*, (Lima, 1963 y Buenos Aires, Ed. Losada, 1965). Alguna vez su sentido humano y la ternura de su espíritu se volcó también en su relato dedicado a los niños, *La leyenda del nopal* (Santiago, 1940).

Alegría representa un escalón importante en el proceso de la narrativa peruana y americana. Ha cumplido la misión —ya vislumbrada por López Albújar— de “socializar” los temas o asuntos de la narración peruana, al reflejar el drama social y las aspiraciones colectivas y al expresar, con sana y noble esperanza, un anhelo de progreso social. Ha correspondido a las generaciones posteriores otra tarea igualmente valiosa, la de “socializar” también la técnica de expresión y los medios instrumentales del narrador.

No era inmune el novelista Alegría a la crítica constructiva que señaló en su obra algún abigarrado cuadro o algún resquebrajamiento en la estructura de sus narraciones o también las expansiones del lirismo, casi excluído hoy en las mejores expresiones de la novela contemporánea, pero esos mismos defectos —pues por contraste las perfec-

ciones a veces son yertas e infecundas— contribuyeron a que sus relatos fuesen más vibrantes y por ello más accesibles al lector común, a quien con denuedo y con buen éxito incorporó a la legión de fervorosos lectores de las letras peruanas de este siglo, todavía poco permeables a la acogida popular. Eso quiso ser Alegría y lo logró: el escritor del pueblo (aquel que hace la lengua) y para el pueblo (aquel que hace la historia) pero su tarea la hizo con buenas letras, con gusto exquisito, con donaire y esplendor de gran escritor. Por ello quedará como un clásico de nuestra literatura.



Sesión solemne de la Academia Peruana de la Lengua en conmemoración del 80º aniversario de la fundación.



El Presidente de la República, Arquitecto Fernando Belaunde Terry, felicita al Director de la Academia, Aurelio Miró Quesada.